



Ciências Sociais Unisinos

ISSN: 1519-7050

periodicos@unisinos.br

Universidade do Vale do Rio dos Sinos  
Brasil

Roger Ciurana, Emilio; Regalado Lobo, Cecilia

Reflexiones sobre la identidad

Ciências Sociais Unisinos, vol. 47, núm. 1, enero-abril, 2011, pp. 98-100

Universidade do Vale do Rio dos Sinos

São Leopoldo, Brasil

Disponible en: <http://www.redalyc.org/articulo.oa?id=93820778010>

- Cómo citar el artículo
- Número completo
- Más información del artículo
- Página de la revista en redalyc.org

redalyc.org

Sistema de Información Científica

Red de Revistas Científicas de América Latina, el Caribe, España y Portugal

Proyecto académico sin fines de lucro, desarrollado bajo la iniciativa de acceso abierto



## Reflexiones sobre la identidad

### Reflexões sobre a identidade

Emilio Roger Ciurana<sup>1</sup>  
eroger\_ciurana@yahoo.es

Cecilia Regalado Lobo<sup>2</sup>  
cerelo2@yahoo.com.mx

*"Cada hombre es un ser singular y cada hombre se parece a los otros. Cada hombre es único y cada hombre es muchos hombres que él no conoce: el yo es plural" (Octavio Paz).*

La identidad es una de las grandes cuestiones de nuestro tiempo, no porque antes no lo haya sido (la historia de Europa es también la historia de los espejos en que los europeos nos hemos mirado desde la antigua Grecia, lo mismo se puede decir de la historia del mundo, siempre ha existido la confrontación nosotros/los otros) sino porque los movimientos de seres humanos a lo largo del planeta hoy, debidos a diversas causas, pero sobre todo económicas, hace que paisajes culturales nuevos traten de ocupar lugares que antes estaban vírgenes de esos paisajes y surja la necesidad de pensar, asimilar, ordenar el nuevo "desorden" creado.

Pensar la identidad en su complejidad es un reto intelectual cuyo resultado podría desembocar en la posibilidad de una mejor convivencia entre las personas. Los autores de este texto constatamos a menudo que la mayoría de debates culturales, sociales y políticos que toman como sujeto el tema de la identidad parten de una concepción muchas veces simplificadora y unidimensionalizante de ésta, lo que lleva a distorsionar posibles prácticas sociales en la dirección de una mejor comunicación, interacción, interrelación, comprensión entre la gran diversidad que somos los seres humanos en un espacio social-cultural-político en el que hay que convivir.

Vamos a mostrar brevemente una idea de identidad como construcción compleja. Basta con caminar por las calles de nuestras ciudades, por los pasillos de

<sup>1</sup> Profesor de Antropología y Teorías Antropológicas. Facultad de Filosofía. Universidad de Valladolid (España). C/Plaza de Santa Cruz, 8. Cp 47002, Valladolid España. Autor de, entre otros libros: *Introducción al pensamiento complejo de Edgar Morin*. Guadalajara, Universidad de Guadalajara (Editorial Universitaria, 2007. 439 p.) [Nota do Editor].

<sup>2</sup> Pedagoga (UNAM, México), escritora e investigadora de estrategias educativas. Autora de *Tita la golondrina* (México [DF], Ediciones SM, 2003. 152 p.) [Nota do Editor].

nuestras escuelas y universidades, por los diferentes lugares de trabajo en los que concurren las personas. En fin, basta con mirar nuestra cotidianeidad para observar lo difícil que a veces se nos hace la convivencia. Vamos a dejar de lado el temor paranoico (muchas veces cultural y políticamente inyectado) que nos causa la representación que nos hacemos a gran escala de culturas aparentemente ajenas a las nuestras (y por supuesto desconocidas), porque *no se trata únicamente* de un problema de fronteras ni de lejanías en las que la mirada se pierde y se difumina. Creemos que una parte importante del problema básicamente surge de cómo nos miramos las personas. Cómo hemos aprendido e interiorizado, desde que nacemos, una determinada manera de reconocernos. Aprendemos a mirarnos los unos a los otros a partir de unos patrones culturales (por lo tanto educacionales) en los que la identidad es clara, evidente y exclusiva. Se nos forma dentro de una cultura con patrones fuertemente homogeneizadores, patrones a través de los cuales distinguimos a aquellos que no son formados dentro de ese modelo cultural y educativo. En ese sentido queda identificada nuestra pertenencia a esa cultura como una carta de identidad que presentamos a la mirada del otro. Pareciera entonces que estando en el mismo contexto cultural todos tuviéramos la misma biografía, las mismas condiciones, las mismas posibilidades de ser persona y, por lo tanto, una sola manera de convivir y de expresarnos. Si esto fuera así nuestra cotidianeidad no sería tan conflictiva. Es evidente que esto no es así. En esta concepción hay un error epistemológico de partida<sup>3</sup>: se trata de un concepto de identidad esencialista, invariable y unidimensional en el que reposamos nuestra seguridad de pertenencia. Esto es lo que genera miedo frente a patrones culturales que no identificamos como nuestros y al mismo tiempo ese miedo genera la dificultad de dialogar comprensivamente con el otro porque *creemos que corremos el riesgo de perdernos a nosotros mismos* en ese juego. Porque pareciera que acoger un patrón diferente es romper con nuestro patrón de identidad. Como si dejásemos de pertenecer a nuestro grupo. Eso es lo que nos da miedo. Nos da miedo incorporar porque creemos que ese proceso de incorporación destruye nuestra estructura cultural. Por eso, por ejemplo, es más fácil dar solidaridad hacia afuera que acoger solidariamente dentro de nuestra propia sociedad. Podemos mandar alimentos, medicinas, etc., a países necesitados, distintos a los nuestros. Pero no podemos incorporar a esas gentes dentro de nuestra sociedad. Somos solidarios *allí donde no corremos riesgo de perder nuestra identidad*, porque nuestra identidad ahí no está en cuestión. Esta actitud parece que refuerza nuestra estructura identitaria.

Vemos aquí una concepción homogeneizante y reduccionista de la identidad. En cambio los autores de este texto pensamos que quien comprende la identidad como *construcción compleja* (por lo tanto como un proceso) no siente miedo de perder la identidad frente a la diversidad. Porque vivimos dentro de la diversidad, aunque nos cueste mirarla, *somos diversidad*. Siempre ha existido la diversidad dentro de una misma cultura. Cada uno de nosotros somos seres únicos, diversos. La identidad se va construyendo y haciendo cada vez más "única" precisamente *en el múltiple y complejo proceso de complementariedades, recursividades, antagonismos y coincidencias* que se dan en nuestras relaciones no solo cotidianas sino en ese proceso transversal que va desde la convivencia diaria hasta niveles más generales, más globales que afectan a la política nacional e internacional, así como a las percepciones interculturales.

La identidad no excluye la diversidad, al contrario, necesita la diversidad. Al igual que un organismo biológico construye su organización y autonomía a partir de su relación con el entorno, nosotros como seres no solo biológicos sino también sociales y culturales construimos nuestra autonomía e identidad por medio de la dependencia con nuestro entorno social y cultural (y el entorno va más allá de lo "cercano" a nosotros, piénsese en ese entorno que configuran los medios audiovisuales, internet, la literatura venida de afuera, el arte, la ciencia, etc.). Pero esa construcción es una construcción individual (que no aislada), esa construcción individualizadora necesita de lo diverso y crea al mismo tiempo diversidad. La diversidad funciona como freno a la homogeneidad introduciendo un "desorden" en las estructuras mentales y culturales de las personas, las sociedades y las culturas, que por el contrario, de no ser así, se anquilosan en una identidad invariable. La diversidad es posibilidad de enriquecimiento y cambio evolutivo si estamos dispuestos a abrirnos relativamente a lo otro. La diversidad es posibilidad de construcción de una identidad más compleja y múltiple.

Cada individuo es único, producto de todos esos círculos concéntricos que forman esa unidad de la diversidad y a partir de la diversidad. Unidad compleja, siempre abierta. El problema está en no saber reconocerse en todo a la vez y en reducir una identidad compleja a una sola dimensión, excluyendo las otras. Una construcción compleja de identidad en la diversidad nos hace únicos y a la vez nos posibilita el reconocimiento de partes que tenemos en común con los otros. A una identidad esencialista le corresponde una idea de hombre unidimensional. En cambio, la posibilidad de comprensión del otro, diverso a nosotros, necesita

<sup>3</sup> Está muy extendida y por ello es muy preocupante la vieja creencia de que nuestra identidad es un hecho acabado, una especie de bautismo-marca-señal-código-orden que una cultura inscribe en un individuo para toda la vida. Se trata de una vieja concepción también educativa que parte de la errónea idea de que la ecuación educación=socialización es cierta. Educar no es homogeneizar mentes, no es inyectar cánones de normalidad cerrados, es sobre todo facilitar las condiciones para que el sujeto pueda pensar y construir sentidos por sí mismo. Una educación homogeneizante es muy culpable de la falta de recursos mentales que la gente tiene para interactuar y convivir con el otro. Si a algo nos convoca hoy el devenir del planeta es a un modelo de adaptación en la reorganización constante, en el aprendizaje-desaprendizaje-reaprendizaje ininterrumpidos. La única forma en que podemos ser libres por medio de la comprensión de un contexto socio-cultural polidimensional.

de una concepción multidimensional del hombre, por lo tanto necesita de una identidad entendida como proceso de construcción siempre abierto.

Cuando se defienden, incluso con violencia, las identidades unidimensionales, se está partiendo de esquemas cognitivos cerrados que se fundamentan en una lógica que concibe a los individuos como compartimentados y modelados a perpetuidad. Como estatuas incapaces de construirse a sí mismos. Sin posibilidad de construcción personal, social, cultural. La identidad se construye en ese proceso, encuentro de partes complementarias y antagonistas a la vez, que somos cada uno. Cada uno de nosotros, repitámoslo, *somos únicos en la diversidad y diversos en la unidad*. La unidad como la identidad son procesos dinámicos.

Reducir nuestra identidad a una sola dimensión predominante desemboca en una ética de la exclusión y de la incompreensión de consecuencias nefastas para la convivencia. Nos limita posibilidades de ser, reduce la posibilidad de nuevas experiencias. No olvidemos que la palabra "ser" no es tanto reflejo de lo acabado sino producto y productor de múltiples reorganizaciones, lo que ocurre es que estamos acostumbrados a llamar cambio a los cambios "espectaculares" y creemos que no cambiamos porque no lo vemos en gran formato; ese no ver ni vernos es lo que puede llevarnos a veces al fundamentalismo de las evidencias a no ser que tengamos un fuerte sentido de la autocrítica. El ser es un constante hacerse y no la imagen de esa sustancia/esencia hecha que una cierta filosofía y metafísica muy popular ha esparcido en nuestro imaginario cultural. Dicho de otro modo las características de un proceso de construcción de identidad excluyen la esencialidad y la inmortalidad de sus resultados.

Frente a una ética de la exclusión y de la identidad estática podríamos intentar el camino de una ética de la comprensión que contemple la multidimensionalidad y de ese modo nos facilite la posibilidad de religar y religarnos como ciudadanos planetarios.

Ciudadanos que estamos más allá de una visión egocéntrica del mundo, de nuestras culturas y de nosotros mismos. Ciudadanos que afrontamos una contradicción complementaria entre lo particular y lo global. Frente a los monólogos identitarios es posible una ética de la comprensión y el diálogo entre los hombres y las culturas, esto es, la realimentación entre las diversas voces más allá de lo que Freud denominaba el *narcisismo de las pequeñas diferencias*.

La educación, en este sentido, tiene hoy la responsabilidad y el deber de ayudar a la construcción de individuos capaces de generar pensamientos no reduccionistas y unidireccionales; para ello tiene que revisar los hábitos que desde muy temprana edad fomenta dentro del paradigma perverso de la identidad estática. Poder vivir juntos implica la enseñanza de la sabiduría de lo diverso y en lo diverso, implica mirar de otra manera aquello que se ha hecho costumbre: el monólogo de lo único. La educación hoy debe tomar como tarea también enseñarnos a huir de la multiculturalidad monocultural, de los singularismos civilizacionales ontológicos al estilo Huntington y encauzarnos hacia la comunicación intercultural. Ya sabemos que existe una enorme diversidad de culturas, pero no se trata de constatar lo obvio, se trata de aprender a comunicarnos interculturalmente si tenemos interés en salir del estado de barbarie al que nos conduce una concepción de la identidad monológica y esencialista. Simplificar nuestra identidad y la ajena es el mejor modo de seguir alimentando la intolerancia, el fanatismo y la barbarie, porque todo queda reducido a impertinentes cánones de normalidad que más que ayudarnos a navegar por la diversidad del mundo nos extravían y nos arrojan al pozo de la inhumanidad.

Como dice Octavio Paz, "doble amenaza: volvernos aire, convertirnos en piedras". Una construcción compleja de la identidad puede ayudar a un vivir y convivir salvando esta doble amenaza.